

## “TODO ES UN SORTEO”

“He aprendido que tanto escribir como hablar,  
alivia los dolores emocionales”  
Dulce María Loynaz

1

-Glorita..... -le susurré a mi hermana desde el único teléfono que había en la pared exterior de la Sala Clínica, en la pequeña ciudad que es el Hospital Siquiátrico de Mazorra, pero la voz no me salía, no sé por qué, simplemente mi cerebro me jugaba la mala pasada de pensar tan rápido y tantas cosas, que hacía imposible decidir qué decir.

Le había prometido hacía una hora y media desde mi casa en La Habana, llamarla a la suya, en la Isla de la Juventud, en cuanto hubiera visto a mamá en el Hospital, de donde habían llamado dos horas antes diciéndole a Alfredo, mi esposo, que estaba “muy malita”, que no rebasaría la noche.

- ¿Ya pasó?.... dime... Tanita, ¿ya pasó?....., me preguntó a punto de gritar, sin dejarme terminar, desesperada por culpa de mi vacío al no saber qué decirle.

- No, no ha pasado nada mi'herma', pero está mal. No me contesta, creo que ni siquiera me oye, tiene la mirada vidriosa, la boca semi-abierta, la cabeza caída a un lado, tiene puesto oxígeno, suero, sonda, y el copón divino... ¡qué carajo! Parecen 70 años en lugar de los 57. Yo también estoy sorprendida, pero no te

preocupes, que de aquí no me voy a ir. Son casi las once de la noche, te voy a llamar más o menos cada dos horas para decirte cómo va. Prepárate a venir en el primer vuelo de mañana, que esto puede durar varios días hasta que se ponga bien, y no voy a aguantar sola tantos días de hospital.

- ¿Estás ahora muy lejos de ella?, me preguntó.

- No -le digo- el teléfono está a 30 o 40 pasos de su cama, este es el último pabellón, al final de todo el Hospital, no tiene la algarabía normal de los pacientes, y hay nada más cuatro o cinco aquí en la Sala. Quédate tranquila, el médico y la enfermera sólo están pendientes de ella, y yo puedo estar todo el tiempo sentada a su lado.

## 2

Increíblemente tengo tan claro el pequeño recuerdo de la visita con mi abuela, mi papá y mi hermanita a su primer ingreso, que todavía me sorprende viendo dentro de mi cabeza la claridad del sol en una mañana tan bonita, un jardín con arbustos floridos que sobrepasaban mi tamaño, hace más o menos treinta años atrás, y que ahora encuentro fuera de lugar de acuerdo con lo que pasaba.

Es como un pedazo de película, llena de colores, claridad, mucha claridad, y más que nada la voz de mi abuela diciéndole:

- Tania, compórtate, mira a tus niñas, están aquí para verte.

Los pocos detalles alrededor del tema, de los que podía darme cuenta, siempre fueron vagos, confusos, y desde entonces empecé a oír hablar de algo extraño que se llamaba esquizofrenia paranoide.

A mi abuela, siempre tan enérgica, incluso dura, a la que oía calificar de “mujer fuerte”, llegué a verla llorando varias veces en esos días, generalmente para recriminar a mi papá el “haberlo hecho”, o sea, ingresarla en un hospital. Y a mi papá, decirme varias veces: - Mi’jita, tenía que hacerlo, no puedo permitir que les haga daño a ustedes.

Supuse que la situación era grave, porque mi abuela había mandado buscar a mi desconocido abuelo - quien hacía años tenía otra vida y otra familia- para que la apoyara “en el problema de la hija mayor”. Pero resultó trasquilada, porque del abuelo -quien también me regaló libros buenísimos como lo hacía mi mamá, y no pareció en ese momento tan ogro como lo pintaban- creí entender que estaba de acuerdo con la decisión de papá.

### 3

Ella está ahí, en la cama, con un aspecto más desencajado del que normalmente tiene cuando duerme con su “carga” de pastillas, y la enfermera también está, apareciendo cada cierto tiempo, para poner antibióticos, revisar suero, sonda, el oxígeno, porque: -Es muy fuerte esa bronconeumonía bacteriana, mi’jita, está muy malita, pero hay que tener fe en que va a mejorar.

Alfre está afuera, acurrucado en un banco de parque a la intemperie a la entrada de la Sala, listo a la trasnochada así porque no le gusta el olor de hospital. Yo me instalo al lado de la cama, en la única silla plástica disponible para pasar la noche, tan negra de color como de comodidad, y de pronto, un tímido toque en el hombro me sorprende y hace voltearme, para descubrir una cara de viejecita delgada, pelo blanco, mirada atemorizada, que me pregunta suavemente:

- ¿Trajiste algún panecito que me puedas dar?, tengo hambre, me gustan los panecitos....

Ya he aprendido a identificar a estos adultos-niños, y sé que hablar con bebitos canosos es más difícil que con aquellos que no lo son. Gracias a ese mínimo conocimiento, he logrado aprender a poner en mi cara esa sonrisa de paciencia con la que le contesté:

- Ah, caramba, perdóname, pero no traje nada, sólo vine rápido a ver a mi mamá.

Justo escucho a la enfermera que le advierte, - Rosita, déjala tranquila que está ocupada, ve a dormir, vamos, acuéstate otra vez.

#### 4

Podía ser cualquier día -al menos eso me parecía, o probablemente coincidía con el cobro de salario, quién sabe- que mamá llegara del trabajo y entrara con su paso lento, se tirara en la cama y yo entraba detrás de ella para descubrir qué libros traía esa vez.

Los que eran para mí siempre tenían dedicatoria hecha rápidamente en el cuarto antes que yo entrara; a veces dedicados a las dos, pero generalmente para mí, pues a mi pequeña hermana no le interesaba leer, cosa que toda la familia tomaba como algo gracioso, debido a su naturaleza vivaracha y juguetona.

Y precisamente sentir gusto por leer me aterrorizó, cuando escuché a abuela decir: -Esos libritos y todo lo que lee no da nada, eso la tiene así, porque dice que tiene peste bubónica y ratones en la vagina, como alguien en la novelita esa que

estaba leyendo, cómo se llama.... -Se llama "Rosas a crédito", abuela. - Y decidí que no leería nunca aquella novela.

Podía preguntarle de cualquier cosa, pero especialmente de literatura, arte...era algo exquisito, refinado, oír respuestas a preguntas sobre Shakespeare, la Mona Lisa, o tararear una canción de Charles Aznavour porque -¿sabes que canta en francés y en español...?; y aclara burlona que ella, igual que otras, también se atrevió a aprender alguna canción en francés, aunque no entendiera lo que decía. Ah... pero saborear discos del catalán Joan Manuel Serrat, eso sí era un disfrute sin igual, "por la letra, el mensaje, la melodía"...decía..., y entonces yo también aprendí canciones de Serrat.

## 5

Con los años te vas dando cuenta poco a poco, que cada vez son menos los de la familia que se sienten familia en lo que respecta al tema de ella. La mayoría se va aislando, porque no quieren complicarse la vida con los problemas que crea alguien así.... Hay de todo.... expresiones de: -Ustedes son las hijas, ése es su problema, tienen que cargar con eso...

Otras veces, cuando no teníamos donde alojarnos en La Habana, ha habido quien con casa de muchos cuartos y grandes salones, no te permite pasar la noche con ella luego del alta del hospital, porque -¿Y si hace algo aquí, eh?, me da pena contigo, pero no puedo, disculpa.

La gran mayoría se ha ido retirando, unas veces del contacto cotidiano, y otras veces han decidido abandonar definitivamente la vida, como mi padre y mi abuela

materna, que murieron los dos en el mismo año, justo durante mi segundo embarazo. Por eso al pie del cañón quedamos Glorita, el Alfre y yo.

En ocasiones Glorita suma a su pareja o hacemos algún encargo aislado a Elianne, la mayor de mis hijas, pero ya... nada más. Así que ahora ni pensamos en eso, sólo vivimos lo que va pasando.

El soplo de aire en este desierto lo da la tía Aurora, la hermana menor de abuela, que cuando viene a La Habana, a pesar de sus casi 70 años insiste en verla donde esté, incluso hasta en hacer un incómodo viaje hasta la Isla de la Juventud para estar con ella aunque sea un día.

Si cuando viene a La Habana, mamá está en el Hospital, no deja por nada del mundo de ver a su sobrina, llevarle café y comida hecha por ella misma, porque “a ella le gusta como yo cocino, Tanita, yo la enseñé a cocinar, la encaminé...”

Pero ya en estos años hasta a la tía Aurora le puede tocar también uno de los comunes show, porque ahora cualquier cosa la provoca. Y como la tía habla alto, la oye cuando me comenta: -“Está muy mal, Tanita, la veo más mal ahora”.

La frase ha sido como un petardo, se enfurece, y pelea: -Yo no estoy mal, quién carajo te dijo eso, la Doctorcita esa, seguro. Mira, ya no quiero comer nada, llévatela...

Y termino teniendo que controlar a la tía que llora por ver cómo la trata, pero sé que llora por el dolor de verla así, con el deterioro que tiene. Y empiezo a oír de nuevo las historias sobre el tiempo en que de niña le encantaba leer, en el que fue la maestra y a la vez vivía en su casa, porque mi abuela no la podía atender, y le achaca a eso lo que tiene, que si ésa puede ser la causa....

Las horas pasan lentas, y ella no se mueve, no hace ningún gesto aunque le hable o la toque, y entonces practico mi juego de siempre, el de cada situación mala: en lugar de rogar porque pase la noche, me pongo a imaginar cómo se va a desarrollar la mañana cuando se despierte.

Rosita ha vuelto a merodear a mi alrededor varias veces, y la mira con cara inexpresiva porque sólo le interesa que le busquen los panecitos que quiere, pero no molesta, es tranquila.

Hablo con el médico de guardia otra vez más, pero no quiero que me repita la cantaleta sobre su empedernido nivel de cigarros diarios, su bronquitis crónica, de si han descubierto que el tratamiento psiquiátrico inmuno-deprime al paciente a largo plazo, que la bronconeumonía bacteriana es muy fuerte, y no sé qué más. Sólo quiero oír acerca de “si ella es fuerte, puede rebasar”.

Lo que me llena es la rabia que siento con la Sala de Psiquiatría porque no me llamaron en ningún momento anterior, y ella tiene un mal olor infernal que me hace suponer que no se ha bañado en los últimos cuatro días, desde el domingo acá, y quiero quejarme a la Dirección del Hospital, y quiero hablar, y quiero gritar, y quiero... Pero no importa, mañana será un nuevo día.

Con la tía Mei Ling, esposa de un primo de papá, los comentarios son diferentes, siempre pregunta por ella, y me insiste en recordar su arte en la cocina que la convirtió en la añorada cocinera de las fiestas familiares inexistentes ahora.

Esa condición me deja entender sus despectivos gritos de:

- Carajo, ustedes no saben cocinar, ni tú ni tu hermana. No hay quien coma una buena comida.

Aunque son muchas más las veces en que los gritos y los escándalos llevan una gran carga de ojeriza, queriendo herir tan a propósito que parece una extraña, y me espanta identificar ese odio que se le sale en frases hechas para lastimar de verdad, como cuando me dice: - So' híbrido. - Y apenas me doy cuenta que tiene que ver con mi histerectomía, pues para ella significa un estigma que debiera deshonrarme. O a Verónica, mi amiga de hace veinte años, tan alegre y dispuesta: - Si tú no pariste, aquí no vengas a mandar. - Y me mata la vergüenza por la ofensa con Verónica, quien nunca logró tener hijos, y ha sido el tema vedado entre las dos y entre todos aquellos que la quieren.

Me han hablado de un pariente español, primo o qué se yo, descendiente por la vía de su abuelo español, quien también padecía de algo similar, y la familia "se había tenido que encargar". Pienso entonces si eso tenga que ver....

Por eso cada día Glorita y yo tememos por nuestras hijas, temblamos porque la enfermedad marque de nuevo, en alguna de las niñas, porque esta es una historia repetida en otras cosas, como en que ella fue madre adolescente, como lo fui yo, como lo fue mi abuela...

## 8

Empieza a rondar la cosa acerca de que cuando se tienen muchos ingresos en sala de agudo, debe pasar a sala permanente, y me fustiga con su acostumbrada autoridad:

- No se te ocurra meterme ahí, que yo tengo mi casa, eso es pa' la gente que no tiene familia ni casa, ahí yo no tengo que estar, sácame de aquí.

Pero el Hospital la traslada de oficio para sala permanente, y Glorita y yo nos hemos propuesto que sólo esté el tiempo indispensable para que se recupere cuando esté en crisis, y sacarla de pase por largo tiempo.

Sin embargo, después que la sacamos de pase y apenas llegado a la casa, empieza otra vez la misma cantaleta:

- Ustedes me quieren tener tumbá como una drogadicta, y yo soy yo, y no me hace falta ninguna pastilla.

Mi hermana y yo hemos llegado a un acuerdo tácito: ella se encarga cuando está en la Isla, y yo me encargo cuando está en La Habana. Así es la cosa en estos últimos años.

Glorita me avisa cada vez que está mal, o simplemente las cotidianas conversaciones telefónicas se convierten en una advertencia gradual, que se repite muchas veces:

- Ni te cuento, oye por el teléfono cómo está, tú sabes....

- Pero, por qué dejaste perder la fecha de regreso del pase al Hospital, - le insisto.

- Me da lástima, no quiero hacerlo, aunque a los pocos días ya está mal otra vez.

Soy yo quien le reclama traerla al ingreso otra vez:

- Hay que hacerlo mi'herma', o no te va a dejar vivir en esas condiciones.

Entonces comienza otra vez el ciclo del Hospital, con sus larguísimos pasillos llenos de sol y de pacientes, que parecen un nido de moscas revuelto, que a cada paso me piden un cigarrito, un cafecito, un pesito, qué trajiste, o:

- Yo le digo a tu mamá que viniste, yo te la busco.

Muchas veces ella me espera a la entrada, y apenas doblo por la garita ya está ahí dándome un beso cuando está de buenas, o peleando porque llegué tarde, pero otras veces está en la cama. De todos modos siempre hay que ir al Hospital como si se fuera a un camping, para darle un buen baño el fin de semana, porque sólo Glorita o yo logramos hacerlo bien hecho.

Durante la semana, apenas sopla el más mínimo vientecito, soborna o les cae en gracia a las trabajadoras para que no la obliguen a bañarse, porque "...es muy temprano, y el agua está fría, y se me quita el calor del cuerpo, y.... "

En el armamento indispensable para el Hospital no se me pueden olvidar tijeritas, limas de uñas, pintura... porque aunque estén como siempre, sucias, la única que se las puede recortar algo soy yo, porque "no pueden estar muy cortas, tú lo sabes, y pintura sí les hace falta", aunque hasta los dedos estén manchados de amarillo de tanto fumar.

El proceso del baño en el Hospital es todo un espectáculo de aprendizaje: además de hacerme sorda a los gritos de "no me laves la cabeza que me ahogo, me falta el aire si me cae el agua por la cara"; la primera regla es tener la mochila siempre a la vista, porque cualquier paciente te la levanta en un santiamén, sin que llantos ni gestiones valgan, ni las enfermeras logren hacer nada.

Eso significa que al meterme al baño con ella, tengo que cumplir la misma regla, porque después que se baña me espeta: -Recoge tu reguero, - y sin esperar

más sale olímpicamente, tan estirada como una dama inglesa, y yo detrás cargo el cubo, la mochila, la bata sucia, y cuanto tareco haya trasladado al baño, como una malabarista.

De ropa interior no hay ni que hablar porque ya no le interesa tener puesta ninguna. Si por casualidad, la bata que le doy no le gusta y tengo que buscar otra, me grita con estilo de ópera un Taaaaniiiiaaaa Pereeeraaaa, que retumba en los quince metros de largo de la Sala, a lo que contesto igual: - Ya llega su esclava Doña Taaaaniiiiaaaa Noooaaaaa, para hacer el servicio eficiente que usted requiere.

Eso me lo ha enseñado Alfre, a tratar de convertir en chiste cada cosa que hace o dice, y ha resultado mejor, porque se desarma y las cosas van mejor; aunque no en todas las veces se logre.

Durante la semana casi a diario, o puede ser varias veces en el mismo día, las llamadas a la casa se suceden, para advertir todo el tiempo que “no se te pueden olvidar el café y los cigarros, porque los que me da el hospital ya me los fumé, y además debo dinero”. Esa es la táctica, tomar fiado a los otros pacientes que no fuman y venden sus cigarros.... Y con cara de niña avergonzada me suelta que debe tanto y más cuanto. “Yo sé que ustedes no están bien de dinero, pero bueno.... es que ya lo debo”.

A veces la cosa ha tomado un carisma de teatro chino, como aquella en que cambió los zapatos de vestir de esa ocasión, por una caja de fósforos, y explicaba:

- Si tengo las chancletas además de los zapatos, y ustedes no aparecían rápido para traer fosforeras, tenía que hacerlo.

A mi intento de razonar me sale el tiro mal:

- Mira, lo más importante dentro del lugar donde me tienen qué es: ¿tener los zapatos o prender mis cigarros?, dime...

Y me tengo que quedar callada, porque su lógica me deja impotente... porque no puede ser que ella tenga la razón.... pero para qué discutir. Además, a la exigencia de que “no hay bolsillo que aguante tu fumadera”, contesta olímpica:

- Jódete, pa' eso te parí.

En cambio, cuando termina la operación baño, quiere oír cuanto chisme intrascendente tenga que ver con todos, para estar al tanto de cada detalle que mientras le explico lo retiene y analiza increíblemente.

Todo esto sucede con un enjambre de niños grandes a mi alrededor. Generalmente tengo a Catalina, Aduanera durante veinte años, que hace once meses no la visitan sus familiares, y a pesar de haber hablado por teléfono con ellos, no vienen. Ya mi mamá me da indicaciones respecto a ella: -Trae fosforera para Catalina, pero no le traigas tantas cosas, que no se lo merece, un panecito y alguna bobería y ya, no es para tanto, que cuando yo le pido cigarro no me quiere dar. - Estas cosas son las que me hacen recordar que estoy en un círculo infantil para adultos.

Generalmente coincido en la visita con la Gallega, madre de María Rosa, arrastrando su bolsa de rueditas. La mayoría de las veces acompañada del hijo mayor, quien tiene cara de zombi. La historia de esta viejita de dulces ojos azules y boca hermética, es horripilante: su hija de 23 años también está en la misma Sala de mi mamá desde hace ya algunos años; pero a veces no la acompaña su hijo a la visita, porque está ingresado también, aquí mismo.

Ella va diariamente al hospital, y cada vez habla menos.

No ha vuelto a enseñarme la foto de su hija cuando tenía quince años. Sólo cruza miradas de entendimiento conmigo, y por mi mamá sé que ha llevado a Maria Rosa a la casa, pero ha tenido que devolverla debido a las golpizas dadas a la propia madre.

A veces siento que tenemos una conversación a boca cerrada entre ella y yo, con lo que hacemos cada vez: estamos sentadas como en un camping, ella con su hija, a la que peina, y yo que le pinto las uñas a mi mamá.

## 9

Hace varios años que no lee, no cose, no ve televisor, malamente cocina algo, qué hace, fumar, comer, cagar y dormir.... Qué le vamos a hacer Glorita, en el Hospital no quiere trabajar con los demás pacientes que van a la laborterapia, porque dice que ella no está pa' eso, por unos kilos de mierda no va a pasar trabajo..., y la trabajadora social la deja tranquila, no la obliga...

En este ingreso de enero, cuando doblo la curva de la Sala, para buscarla en la cama, ella me ha descubierto antes, y la voz me sorprende, cada vez más grosera:

- Cabrona, ya tienes cuarenta acabaditos de cumplir hace cuatro días, y pareces una pepilla, hace cuarenta que te parí. Pégale un tarro a tu marido.

Y se ríe, y me doy cuenta que está disfrutando la idea ella misma, y no entiendo cómo se le ocurre semejante cosa... pero me río también, porque se le sale por los ojos un diablo malo instalado en esa cara de mansa...

No me quiero acordar del ingreso anterior, en que la mordida de otra paciente le desprendió la tapa de la nariz, y cuando Alfre llega a visitarla me llama por

teléfono desde Mazorra, para que corra al otro hospital: -No te asustes, ella tuvo un accidente. -Y me dicen en el otro hospital: -Entre ahí a ver si es la que usted busca. – Ya estoy delante de la mesa metálica donde la están cosiendo, no sé cómo logro cogerle la mano y decirle:

- Mami, es Tanita, estoy aquí, tranquila.

Pero qué diablos, las piernas se me ponen blanditas, le suelto la mano, cierro la puerta, ya estoy fuera, estoy soñando... pero Alfre viene por el pasillo.... ya no lo veo, y ya... todo fue negro, dejé de oír. Resulta que me atienden a mí por un lado y a ella por otro.

Cuando el hospital termina con las dos, le digo: -No te preocupes mami, no regresas para Mazorra, nos vamos a la casa. Pero en la ambulancia de regreso a la casa quiere cigarros, y empieza el tira y encoge: -No puedes fumar por favor, el médico explicó que la nicotina te aumenta el sangramiento..., -Uno solito chica, una cachaíta..., -Que no puedes, carajo...

Las historias parecen no tener fin:

Que si el tema de las parejas, en una ocasión fue casi violada, pero el no tener elementos, el qué dirán, no dejan hacer nada....y los maridos nuestros actuando como padres de nuestra madre.

O el colchón prendido porque se durmió fumando, los vecinos llamaron a los bomberos, y pasó una segunda vez...

O cuando una comunidad protestante quiere visitarla, y me vienen a ver muy respetuosos para ver si yo autorizo. Pero resulta que, con el transcurso de los días me doy cuenta que la indicación es: sólo Dios y abstinencia de pastillas, y se arma la jodedera. Los gritos llueven. Comprendo además, que la gente de la Iglesia me

mire con mala cara, no entienden que ella necesita el tratamiento, soy la mala de la película, por eso no me queda más remedio que imponer la condición: es Dios con pastillas, y se acabó. Pero total, al cabo de poco tiempo, tampoco le interesa y no participa en nada, así que me busqué el lío éste por gusto.

También están los que se quieren casar de papeles, legalmente. – Y ¿para qué mami?, si alguien te quiere sólo tiene que estar contigo aquí en tu casa. - Tú eres una fresca, atrevida, porque él se quiere casar conmigo. -Pero chica, yo no nací ayer, lo que quieren es derecho legal a tu casa, y me voy a ver en el problema de tener que litigar por tu casa. - Entonces no me queda más remedio que hacer el proceso de incapacidad mental sin que se entere, ¿y cómo lo hago? porque si se entera.... Terminó llegando con unos amigos de trabajo, que quieren descansar de la caminata, y queda cerca su casa, para que refresquen con algo, y no se imagine que tiene delante a jueces, fiscal y médico legal en un Tribunal constituido en su propia casa.

Cuando mi hermana -que con el dinero que gana del alquiler de habitación a extranjeros, le compra ropa y cigarros para el mes- le pelea, porque toda la ropa siempre está manchada y quemada de cigarros, las justificaciones llueven en torno a “para qué me voy a vestir con vestidos como quiere tu hermana, ya estoy cansá, me tiene jodía chica, quiere que yo esté como un maniquí delante de sus amigotas...”

Creo que hasta a los médicos los engaña, porque le dan el alta y en 48 horas ya está otra vez sin dormir; siempre con el discurso de que no necesita pastillas “porque crean adicción”.

O el conocido tema de “¿qué está haciendo Glorita con mi casa?, seguro metió a alguien a cuidar que se roba mis cosas, como hacen los vecinos de al lado”.

Pasa igual con su premisa: -“En mi casa mando yo, y esta es mi casa”. –Eso hace que Glorita me advierta con su acostumbrada gracia, que en la visita trate de sacarle su libreta de comida y el título de propiedad de la casa, que los debe tener dentro de la jaba que tiene en el hospital:

- Sacúdeles un poco el churre y mándamelos para acá, antes que los cambie por cigarros.

Cuando llegaba del trabajo, a cocinar corriendo, aunque estuvieran las tres niñas esperando, siempre tenía el “sírvenme a mí primero que tengo hambre, las niñas que esperen”.

Esas historias hacen que las niñas y ella sean una cuenta inversa: a medida que crecen y saben más, chocan con su deterioro, y no se empatan apenas. Aunque tratamos de acercarlas, casi la única coincidencia es con las crisis, los gritos, el mal olor, la fumadera constante, escupiendo en el piso. Por eso entiendo que las dos menores estén más alejadas. Todavía Elianne, por ser la más grande, vivió las temporadas de estabilidad, y la mandé de vacaciones allá, cuando Glorita todavía estudiaba. A ella le hacía gracia que Elianne le hiciera lo mismo que mi hermana cuando era pequeña: le cogió dinero del monedero para invitar a los niños del barrio a comer helado. Enseñó a Elianne lo mismo que a nosotras de niñas, si no tenía fosforera: que le encendiera cigarros en la cocina y llevárselos a la cama sin ponerlos en la boca.

Ahora me resulta cada vez más sorprendente lo que han hecho Betico y Frank, sus hermanos menores. Son la otra familia que hizo el abuelo, dándome tíos de mi

edad, muy buenos muchachos, porque después de muerto su padre -mi irascible abuelo que no permitía contacto con nadie- y mi abuela -que no nos dejaba relacionarnos con los del otro lado-, se acercaron a conocernos hace unos pocos años, y supieron en detalle de ella.

Han sido una buena nota -mucho más valorada por su juventud, por no haber tenido lazo familiar anterior- cuando la visitan en el hospital, y se brindan para ayudar si los necesitamos.

10

Y amaneció el día. Tal como lo imaginé, la baño en la cama a pesar de todos los aparatos, porque el mal olor es infernal, de no bañarse seguro desde el domingo, y la cogió esto de la bronconeumonía, y me da vergüenza con los médicos el churre que tiene....

Estoy por creer que la Jefa de Enfermeras quiso tenerme fuera en el momento que imaginó demasiado malo. Porque si no, cómo entiendo que casi al mediodía insistiera en que fuera a la casa a bañarme y descansar algo, porque: -Están aquí sin salir desde ayer, ve y tómate unas horas. -Sin embargo, me llama a la casa una hora después, para pedir mi regreso, porque todo terminó.

Yo esperé que ella despertara pidiendo sus cigarros y su café, con sus acostumbrados gritos de – “¿qué estoy haciendo aquí todavía Tanita que tú no me has llevado pa’ mi casa?”... pero no, no fue así.....

Es irónico que la semana pasada hicimos planes para que Alfre, igual que siempre le toca, busque a la Doctora, le pida el pase por largo tiempo, las

indicaciones, sacar el pasaje en avión y me encargue yo de ponerla bonita antes del viaje a la casa con Glorita. Y le leo la cartilla:

- Fíjate madama, hace falta que te portes bien en esta vuelta. Jode poco a tu hija Glorita que va a estar complicada con la fiestecita de tu nieta chiquita, que ya cumple quince años, y ponte pa' las cosas mi'jita, que tengo ganas de descansar de hospital durante un tiempo, y ya viene el Día de las Madres.

Se ríe pícara, contestando:

\_ Na', no te preocupes. A la Gloria tengo que joderla un poquito, y revisar lo que falta en mi casa, que seguro se lo han llevado todo. De mi regalito del Día de las Madres tú sabes, muchos cigarritos, que eso es lo que me hace falta.

Pero no llega a haber fiesta de quince de Lenia, ni Día de las Madres, ni nada... Y Glorita ya sólo tiene tiempo de llegar para lo que nunca imaginamos.

Veo a los demás como en una película sin sonido, faltos de sincronización con la mía, en la que identifico a la hija de Rosita, que llega, pasa su brazo por los hombros de la madre y la aleja, con ese gesto instintivo que hace la gente cuando tiene delante el mal de otro, y escapa sibilino para que no le roce.

Ya no sé ordenar este pedazo de lo que ha pasado, no me atrevo, sólo sé que estuve sentada al lado de ella, envuelta en una sábana de la que asoman sus pies, y quería rezar, pero ahora no sé ni rezar, y quiero llorar y me salen unos gritos a pedazos que ya no sé...

Y me pregunto qué diablos es lo que ha pasado, y cómo es posible que la bronconeumonía fuera más fuerte que ella....

Me viene el recuerdo de cuando la gente te dice: cuídate...Sin embargo, en lo más adentro, como algo que apenas me atrevo a decir, estoy convencida que el

problema no es de “cuidarse”, sino de que “te toca” o no, y muchas veces ni siquiera te das cuenta que “te ha tocado”, como pasó con ella.

Cuando Betico, Frank y Alfre cargan el ataúd para el responso, me conmueve pensar que la estoy entregando a Dios, por bautizo, comunión, matrimonio por la Iglesia, en la única vez que lo hizo, con papá.

No entiendo al Cura en la misa del Cementerio a los nueve días. Dijo que Dios sí ayuda y lo que pasa es que no sabemos cómo pedirle.....pero....., de qué manera había que pedirle que no viviéramos nosotros todo esto....., que no te tocara a ti la suerte de eso que viviste....